

QUIZAS sea necesario pedir que exista simpatía entre los países, especialmente si uno es débil y el otro poderoso. Más difícil resulta que exista entre ellos una verdadera amistad. Hay tantas desigualdades que los separan. Pueden hacer cosas, pero no son comunes.

Lo que desafina es el trato obligado. De pronto, personas que en su trabajo salieron y que es duro soportarse en el mundo. Todo se hace ampujando. No hay punto alguno de simpatía entre las fallas de uno y las del otro. Para que hablar de las neurosis, que se comentan en los congestionamientos económicos y suelen repercutir en la visión que se tiene del mundo.

Algo similar sucede con los países que poseen tramos de frontera común, sobre todo cuando una de ellas se extiende considerablemente a lo largo de todo el territorio de los dos países. Si el terreno es mayor o se tiene el centro del mundo el trato más el más pequeño será cómodo e insostenible la más de las veces.

Suele hablarse de países hermanos hermanados por la naturaleza con destinos que los hacen compartir las buenas y las malas. Las buenas, sean o no mejores para el poder, y las malas, serán siempre peores para el país pequeño. Si esa es una situación tan incómoda como la que hipotéticamente se puede ocurrir entre siameses, la similitud física y mentalmente que están obligados a mantener siempre juntos, a someterse a todo, a pedirse ayuda y a justificarse cada intención. Pero, ¿no es así?

Algo de esto ocurre a algunos países con los hermanos argentinos. Esto es una realidad que afecta tanto, pues solo en Chile cuando las medidas del cambio monetario les permiten pasar buenas y bonitas vacaciones o cuando les permiten esa parte del territorio.

En realidad, los argentinos pertenecen a un gran país de recursos. Por eso, no nos molestamos con braceros, ni sentimos preocupación por aspectos de nuestra vida nacional, del folklore, de la pesca o cualesquiera de los motivos que atraen al turista. Los que, además, y también en general, ellos se sienten primeros europeos y rara vez indostrianos. Siempre están mirando hacia allá del Atlántico o por lo menos, a "su" Buenos Aires. Allí tienen el tango y un gran número de doctores y eruditos. De ahí, que sus gestos y maneras sean condescendientes, superiores o paternales.

Y qué se lló! —durán ellos su importancia a lo que haga o pase cualquier gente.

La verdad es que, con frecuencia, traté de explicarles las preocupaciones de los argentinos frente a los argentinos. Podría ser un complejo adaptado a la temprana edad que se expresa en su simpatía defensiva ante las inevitables explosiones de sublevación y mayorazgo, sus frases y gestos ampulosos, su tono de

activo y estridente, la manía de hacer repetir lo que dicen con el "¿eh?" "¿qué?" "¿cómo?" levantando el labio superior tal si captaran en sí algo contrario un marcado mal humor. Posiblemente, cuando niños oímos historias de personas que habían viajado más allá de las fronteras, o bien coníamos a algún argentino que, a su manera, solía frases catinosas. "¿Qué hace aquí este patito?" "¿Dónde crete, nene! Con la pobera está tenemos que hablar cosas importantes".

Lo cierto es que con el tiempo nada hizo aflojar el complejo.

Escúncle aún, mirando mapas antiguos en la clase de geografía,

para, hacían subir los precios a límites increíbles para nosotros.

Un mediodía, en una esquina, dos chilenos se entretenían contando los carros con placas argentinas.

Uno decía: "No creías, ¿eh? De cien coches, no encuentras uno con placa chilena. Verás como te gano la apuesta. 93, 94, 95". Iba en el 99, cuando en el centro el otro pegó un grito: "¡Aquí, un auto con placa chilena!".

Por la ventanilla del coche asomó una cabezota de abundante pelo, que, malhumorado, dijo: "¡Ché! ¿Pero qué decís?"

los buenos vecinos

por Anibal Quijada

¿Es que un argentino no puede rentar un auto en este nuestro país? Y... bueno. Con los argentinos suelen producirse acaloradas discusiones sobre problemas limítrofes y por sus pretensiones por más territorio chileno. Ellos sin tener necesidades mediterráneas, quieren salir al Pacífico. Les gusta la zona austral particularmente los canales, fiordos, islas, ventisqueros.

La profesora explicaba que con el "abrazo de Mendoza" se hace muchos años, se entregaron los primeros territorios. Después con el "abrazo del Estrecho" en Magallanes se entregaron los otros como se los. Inmediatamente, uno pensaba que era fundamental evitar los abrazos de estos vecinos. Siempre, habiendo abrazo, se dejaban algo.

Ya mavoreito (chavo) más bien— cada vez que nos encontramos con un hermano argentino, no fue una experiencia agradable. En los autos, en la playa o al pretender bailar un tango, el comentario, la crítica mordaz caía despiadada.

—Hay que conocer Buenos Aires, pibe! ¡Esa sí que es capital! ¡Qué edificios! ¡Qué comercio! ¡Qué obelisco! ¡Qué mujeres! ¡Qué espectáculos! ¡Mundiales ché, mundiales! ¡Fenómeno!

O también, con gesto tragico: —Mirá... Mejor bailate esa cosita folclórica que llaman cueca... El tango es cosa seria, ché, es para conocedores.

O juntando los dedos en significativo gesto:

—Pero no seas pua... Es que no conocés Río de la Plata. Mirá que llamarle balneario a las playas de Chile.

Contaban un chiste, referido al balneario chileno de Viña del Mar.

EL peso, nuestro peso, si fuer de los economistas, para tornificarse, necesitaba de la fuerte invasión turística. Los argentinos copaban hoteles, playas, paseos, centros de diversión, pensiones y, por su poder de compra,

las costumbres argentinas, sus formas de vestir y de expresarse por breve que haya sido su permanencia allende la frontera.

Vuelven luciendo anchas bombachas pañuelo cruzado al cuello sobre camisa de colores, sombrero de cono semialón y el decir, con acento corrido. Se vuelven gesticulantes, algo prepotentes, cantantes de guitarra, amantes del "mate", que con ruidosos sorbos de boquilla, les sirve para contar fabulosas hazañas.

En el fondo, los chilotes admiran las leyendas de los gauchos, hombres fabulosos que recorren las inmensas pampas patagónicas, saturados de espacio y libertad, de estrellas y canciones, sobre recios caballos a los que siguen petros ovejeros, sin dios ni ley, hacen fe de independencia y valentía, sin más obligaciones que la búsqueda de grandes horizontes olvidados de fronteras y ajenos a los problemas que interesan al político, al militar o al gran capital.

EL magallánico no perdona esa actitud de entrega. Por eso, cuentan anécdotas sangrientas. Dicen que dos chilotes se paseaban una tarde por la Plaza de Armas de Punta Arenas, vestidos de gaucho, luego de una corta temporada tras la frontera. En un momento se detienen frente al edificio del gobierno provincial y, mirando hacia lo alto, donde ondeaba la bandera chilena uno de ellos preguntó a un transeúnte: —Decíme, ché ¿qué bandera es esa?

O bien, aquella trase que se atribuye a los chilenos: "A los chilenos dicen que les gusta el tango porque en él, o muere un argentino o le ponen los guernos".

Humor negro en el que persisten las malas enseñanzas de la niñez.

Los habitantes de Magallanes, que viven en el centro de estas disputas, se sobressaltan cada vez que vuelve el tema del Beagle. En esa zona no hay altas y nevadas cordilleras de separación como en el resto del país y los argentinos han militarizado profusamente los territorios adyacentes.